

## Reseñas

ALBORNOZ, Luis (comp.), (2011). *Poder, medios, cultura. Una mirada crítica desde la economía política de la comunicación*. Buenos Aires: Paidós.

ALMIRÓN, Nuria (2010). *Journalism in crisis. Corporate media and Financiarization*. Cresskill N.J.: Hampton Press.

REIG, Ramón (2011). *Los dueños del periodismo. Claves de la estructura mediática internacional y de España*. Barcelona: Gedisa

CASTELLS, Manuel (2009). *Sociedad Red*. Madrid: Alianza editorial.

HALLIN, Daniel y MANCINI, Paolo (2008). *Sistemas mediáticos comparados*. Barcelona: Hacer.

*Poder, medios, cultura*, es una obra colectiva de la Unión Latina de Economía Política de la Comunicación y la Cultura (ULEPICC) editado por Paidós-Buenos Aires y compilada por Luis Albornoz. Estamos ante una obra oportuna y muy útil para entender, en primer término, las relaciones de comunicación y cultura con el poder en la llamada era digital o, se si prefiere en la actual fase del capitalismo globalizado que tiene en el sector de la comunicación su motor principal. En segundo lugar proporciona un abanico de posibilidades teóricas dentro de la tradición investigadora de la economía política de la comunicación y la cultura (en adelante EPCC). De la misma forma su lectura nos proporcionará un *who is who* de esta corriente y una agenda de prioridades para la investigación en los próximos años.

Se inicia la obra con dos capítulos que sistematizan la corriente de la EPCC. Ramón Zallo (“Retos actuales de la economía crítica de la comunicación y la cultura”) y Vincent Mosco (“La economía política de la comunicación, una tradición viva”), el primero sobre todo para el caso español y el segundo globalmente aportan una muy buena introducción identificando a los autores de la EPCC e inventariando sus contribuciones más importantes.

Los tres capítulos dedicados al intento de sustituir el concepto de *industrias culturales* por el de *industrias creativas* escritos por Philip Schlesinger (“Intelectuales y políticas culturales”); Gaetan Tremblay (“Industrias culturales, economía creativa y sociedad”) y Enrique Bustamante (“¿La creatividad contra la cultura?”); son, sin duda alguna lo mejor de este libro. Dicho muy rápidamente, los tres autores exponen cómo la industria creativa es un artificio de la derecha neoliberal (con la anuencia de buena parte de la socialdemocracia) impulsado por las grandes corporaciones mediáticas y producido por algunos investigadores para dotar al capitalismo corporativo de un concepto amable que sirva para explicar cómo funciona el nuevo motor universal del desarrollo. Se ha buscado además la coartada de un organismo de Naciones Unidas como la UNCTAD, tal y como las potencias ganadoras de la II Guerra Mundial, sobre todo los Estados Unidos hicieron, con la doctrina del *free flow of information*, dominando la UNESCO y sirviéndose de ella como paraguas legitimador de su política imperial. En esos años la careta académica la proporcionó la *Mass Communications Research*. Ahora la derecha neoliberal recurre a los *consultings* y los *think tank* como intelectualidad crítica, y una nueva trampa terminológica sirve para ocultar las políticas de la industria cultural (las grandes corporaciones) y sus alianzas con los gobiernos ultraliberales.

Creatividad se une así a piruetas conceptuales que supusieron términos como *brecha digital* o *entorno habilitador*, que disimulan los desequilibrios en el desarrollo de las TICs.

Por todo lo expuesto en estos tres capítulos la contribución de Armand Mattelart (“Estudios, comportamientos, hábitos y prácticas culturales”) resulta fundamental. No se trata solamente de que una parte de la intelectualidad sirva de cobertura académica al PODER, sino de que en la principal corriente del pensamiento crítico, la EPCC, se está abriendo paso una peligrosa tendencia a falsear las bases teórica y metodológicas sobre las que se asentó la corriente económico-política de la comunicación y la cultura. Si se pierde de vista la base marxista de la corriente o se la falsea admitiendo como críticos a quienes no lo son (los estudios culturales) con el pretexto de la necesidad de apoyos interdisciplinarios, la confusión dentro de las propias filas podría llevar a una deformación grotesca de la única escuela teórica capaz de explicar las relaciones entre poder, comunicación y cultura en el capitalismo corporativo.

Al comienzo de su capítulo Zallo opta por una posición epistemológica de este estilo: mejor economía crítica que economía política; la economía política marxista es determinista y los primeros trabajos de Stuart Hall y Raymond Williams deben ser incorporados a la EPCC. Muy al contrario (muy acertadamente) Mattelart recuerda cómo la EPCC ha refutado al Funcionalismo y a los Estudios Culturales y nos coloca ante la necesidad de seguir sosteniendo que la descentralización de la comunicación de masas como objeto de estudio, optando por hacer teoría social antes que teoría de la comunicación, es el gran logro de esta escuela. Tal cosa no puede hacerse sino desde el materialismo histórico, lo que, también en el siglo XXI, significa colocar el acento en el determinante económico que es el principal si bien no el único, en la sociedad capitalista. El Funcionalismo es la antítesis y sólo ha producido estudios ahistóricos y descontextualizados y los Estudios Culturales son un pastiche de estudios textuales, posmodernismo, etnografía, estudios de género y supuestas “resistencias”, “mediaciones” y otros términos que sirven para llenar muchas páginas pero para poco más. Antes que Bordieu, Bobbio, Williams o Hall.....¡¡Marx!!

Ampliar el campo de la EPCC no es malo *per se*. Nada hay que objetar si con ello nos referimos a retomar el concepto frankurtiano de *industrias culturales* o a incorporar a autores como Halloran, que no siendo un investigador de esta corriente, colaboró decisivamente al desarrollo de ésta en el Reino Unido; Patrice Flichy por sus estudios de la transnacionalización de las industrias culturales o Cees Hamelink por sus trabajos pioneros sobre las relaciones entre empresas de comunicación y capital financiero. O Chomsky, cuya colaboración con Herman ha enriquecido los estudios críticos. Pero, si se trata de cualquier aproximación a los Estudios Culturales, entonces no puedo estar más que en desacuerdo. En Golding y Murdock (1985a y 1085b), Ferguson y Golding (1998) y Garnham. Podemos encontrar una refutación del culturalismo inicial. Me cuesta creer que habiendo leído esos textos se puedan hacer afirmaciones como las que en este libro hacen Delia Crovi y Micael Herschmann (que sin duda habrán agradado a Zallo).

Crovi (“La cultura y la comunicación desde la economía política”) considera que los estudios culturales son una forma válida para analizar la “economía política de la comunicación y la cultura”. Parece que el efecto pernicioso de García Canclini y Martín Barbero sobre la investigación latinoamericana se mantiene. Lo mismo ocurre con el capítulo de Herschmann (“Nuevos enfoques para nuevas prácticas socioculturales”) que, empieza reconociendo su referente en los trabajos pioneros de Hall y Williams, sostiene luego que la corriente culturalista ha dejado de lado la cuestión de la determinación económica ¡para proponer como salida el “circuito cultural” de Stuart Hall! quién, a base de querer huir del economicismo propio del marxismo mal llamado *clásico*, terminó negando la metáfora central del materialismo histórico (base-superestructura) con lo que abandonó el pensamiento marxista.

Afortunadamente el libro incluye otros dos capítulos que no violentan la esencia y la metodología de la EPCC. Francisco Sierra (“Consumo cultural y poder mediático”) y Cesar Bolaño (“Comunicación y lucha epistemológica”) se mantienen en la esencia originales de la corriente. Sierra recuerda que los estudios culturales, representan un análisis inconexo de las prácticas de consumo informativo, al margen de las estructuras de producción y circulación de los discursos sociales. Para nada les importa la clase social como categoría y que existen una clase que basa su poder en la propiedad. Por tanto sostener que la determinación económica es la principal pero no la única no es reduccionista ni determinista como pretenden otros autores de este texto, es sencillamente economía política. Negarlo es colocarse fuera de la EPCC.

En fin, Bolaño continúa su trabajo de obras anteriores (2005, 2009) desarrollando su trabajo desde una profunda lectura de los textos de Marx y Engels para situar epistemológicamente en su sitio la EPCC.

*Journalism in Crisis. Corporate Media and Journalism* de Nuria Almirón es un trabajo típico de la EPCC bien entendida. Sitúa en el fondo el análisis crítico del capitalismo para abordar después, y en ese contexto, el estudio específico sobre la dinámica de concentración empresarial, poniendo el acento en el proceso de *financiarización*, esto es: el proceso por el cual el capital financiero ha logrado un control significativo de la industria transnacional de la información desde principios de la década de los ochenta. Ese control es mayor hoy en el sector de la comunicación que en otras actividades industriales. Las áreas convergentes de las finanzas y la información están controladas oligopólicamente por los intereses interrelacionados de un reducido número de grandes bancos transnacionales y de grandes empresas transnacionales de la información. La autora recoge esta idea de Boudillon, Miége y Moriset (2006), y la amplía incluyendo aspectos como el endeudamiento bancario (créditos y préstamos); la utilización de nuevos instrumentos financieros para la recapitalización y el endeudamiento (mediante títulos bancarios); la penetración de actores globales de la financiarización en la estructura de propiedad (como los grandes fondos de inversión estadounidenses), o la presencia de consejeros vinculados al sector financiero en los consejos de administración de los grupos de comunicación (como representantes de paquetes accionariales o como independientes) entonces es posible observar rasgos nuevos con respecto a etapas anteriores del desarrollo capitalista (Almirón, 2007:15-17).

Partiendo de este concepto, el libro se estructura en cuatro capítulos que arrancan en la contextualización del proceso general de concentración capitalista en la etapa de la globalización, para dirigir luego el foco al estudio de la financiarización en esta primera década del siglo XXI de las industrias informativas y culturales. A continuación cierra el campo sobre el *World's Top Media Conglomerates* y concluye con un brillante cierre: los riesgos para el periodismo en el presente de los medios de comunicación, magnífica actualización de los trabajos anteriores de Miége (2006) y Mosco (1996) para, sin perder de vista los textos de los fundadores, abordar el estudio de la *financiarización* de las empresas de comunicación. Obviamente aquí las fuentes primarias son Garnham (1979, 1990), Smythe (1957, 1977), Mattelart (1976), Herman y McChesney (1997) y, en España: Bustamante y Zallo (1988), Bustamante (2002, 2003), Miguel (2005) y Quirós (1998, 2006).

En suma, un libro útil en cuanto al aporte de datos, serio en su planteamiento teórico y espléndido en la metodología, riguroso en el análisis y brillante en sus conclusiones. La profesora Almirón con una carrera docente e investigadora todavía muy corta nos augura grandes logros con este libro. El prólogo de McChesney y su publicación por la AIERI son una buena muestra de lo que decimos.

*Los dueños del periodismo. Claves de la estructura mediática internacional y de España*, del profesor sevillano Ramón Reig, se ocupa del mismo tema pero de forma diferente. A partir de la boutade de Thomas Jefferson “más vale periódicos sin gobierno que gobierno sin periódicos”, nos presenta un estudio a caballo entre lo académico y lo periodístico (el autor es profesor y es periodista) que salta de las aulas a las salas de redacción constantemente. El tema de la propiedad concentrada y sus efectos sobre las redacciones nos relaciona este trabajo con los clásicos de Dreier y Weinberg (1979), Bagdikian (1986) y Chomsky (1990). Observando la evolución de los grupos y sus estrategias, se concluye que se ha producido una dramática reducción de la pluralidad y que toda noción de servicio público ha desaparecido bajo el peso de las cuentas de resultados. Los grandes tópicos del liberalismo corporativo han hecho tabla rasa de cualquier otra consideración: *Big is Better; Moore is good...*

El gran valor de los trabajos de la EPCC ha sido precisamente el demostrar que los medios de comunicación son un brazo del poder, una suma de intereses corporativos e institucionales, financieros industriales y políticos, que han marcado los límites de la libertad de expresión en todo el mundo industrializado.

Como ya he señalado, Reig, como Almirón, sigue la estela de Dreier y Weinberg y luego de Bagdikian que citan en sus obras la “cadena interminable” de la que hablaba el juez Louis Brandeis, y utilizan su trabajo de punto de partida para saber quiénes estaban detrás de las empresas periodísticas. Desvela así la existencia de “directorios interconectados”, o la de los consejos de administración en que se sientan consejeros con capacidad para decidir el nombramiento del director o la política editorial de un diario o una revista, una emisora de radio o televisión procedentes de una industria distinta a la periodística. Y, siguiendo los pasos de Chomsky señala: no queda sitio para sostener la autonomía de los medios con respecto al poder económico y al gobierno y, donde esa autonomía es impensable, es en el estrato superior formado por un puñado de empresas, cuya historia reciente recoge.es. Es precisamente este estrato superior de los medios el que decide lo que es noticia y lo que no lo es y, por lo tanto, qué material circula llega al resto de los medios y qué material se oculta. La concentración implica la centralización del proceso de toma de decisiones y la desaparición de las voces independientes de los intereses del capitalismo corporativo.

En la *Sociedad Red*, Castells nos presentó la nueva sociedad asociada a un nuevo modelo de desarrollo informacional o informacionalismo, definida a su vez por la reestructuración de sistema capitalista del siglo XX, en el que la fuente de la productividad están en las tecnologías que potencian la generación de conocimiento. El conocimiento se convierte, a su vez, en fuente de productividad, gracias al mejor procesamiento de la información y la posibilidad que abre la comunicación simbólica de generar culturas e identidades colectivas. En su extensa trilogía Castells, viejo marxista radical, hace un verdadero alarde de McLuhanismo: no hay jerarquías, no hay asimetrías, la comunicación no aparece ligada al poder.

Ahora pretende haber descubierto las relaciones del poder económico con el sector de la comunicación. Y decimos pretende porque este libro es otro alarde de descubrimiento de la rueda por parte del profesor Castells. Sostener que los medios de comunicación se han convertido, ahora, en el ámbito en el que se despliegan las estrategias de poder es bastante pretencioso. Desde que Adorno hablara por primera vez de industria cultural, hasta nuestros días (Almirón, por ejemplo) generaciones enteras de investigadores se han ocupado de este tema capital. Pero él las ignora y para poder encajar su capítulo segundo (el único útil en cuanto a que aporta datos) en su teoría de la Sociedad Red, recurre a un nuevo concepto: la *autocomunicación de masas* que, siempre según Castells ha modificado las relaciones de poder. Es sencillamente lo mismo que Eco dijo de McLuhan: leer estas cosas es un *cogito interruptus*.

Castells no toma en consideración que ha sido el proceso privatizador de la industria de las telecomunicaciones el que ha impulsado la construcción de redes, acompañado de procesos de desregulación que han fomentado la concentración empresarial. Lo que menos se ha tenido en cuenta es el desarrollo, el pluralismo informativo, en suma el fundamento de la democracia que se ha debilitado.

El informacionalismo, que Castells propone como *ungüento amarillo*, acentúa es el carácter instrumental de la información como comunicación a través de redes. Pero, el paso al capitalismo posindustrial al “informacional” debido a la irrupción de las TIC, está basado en la generación y procesamiento de la información como mercancía simbólica asimilada a “productividad”. Castells confunde Sociedad de la Información con “Nueva Economía” y no se da cuenta de que las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC) no fomentan la desmasificación, al contrario, la favorecen y aumentan.

A partir del trabajo de Almirón negamos valor al de Castells. No estamos en un juego nuevo con normas nuevas que nada tiene que ver con etapas anteriores. Tampoco se ha producido ninguna ruptura de la historia. Tampoco un choque de civilizaciones. No estamos en una sociedad posindustrial que nada tiene que ver con la etapa industrial. Antes bien estamos en una nueva fase del capitalismo que pasa de su fase monopolista a la *financiarización* global, manteniendo y reforzando los mecanismos de poder propios del sistema capitalista. Por eso, la falacia del poder liberador de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC), se contempla en toda su magnitud cuando la autora nos muestra como no sólo no neutralizan la concentración del poder financiero sino que la favorece.

*Sistemas mediáticos comparados* está escrito por dos reconocidos expertos en comunicación política: Dan Hallin y Paolo Mancini. Bajo un título sugerente se desarrolla una nueva tipología de los sistemas de medios en países desarrollados con sistemas democráticos formales. Los autores parten del trabajo clásico de Siebert, Peterson y Schramm (1963) y tratan de responder a las preguntas centrales de éste, “¿por qué la prensa es tan distinta en cada país?”, para tratar de dar respuesta al interrogante, pero con respecto a los sistemas (no sólo a la prensa). Proponen una nueva tipología según la cual en el atlántico norte se ha desarrollado un modelo *liberal*; en Europa central y del norte un modelo *democrático corporativo*; y en Europa del sur y Mediterráneo un modelo *pluralista polarizado*. Comparando los tres después de estudiarlos por separado concluyen que el modelo que se está imponiendo es el primero. El trabajo es muy amplio y muy interesante, pero la relación se establece sólo entre sistema mediático y sistema político, mencionando el determinante económico de pasada. Eso limita mucho el alcance del estudio. El texto es típicamente funcionalista y tampoco se propone nada más. En cualquier caso es libro es de obligada lectura para estudiantes docentes y periodistas..

Fernando QUIRÓS  
Catedrático de la UCM  
y Ex presidente de ULEPICC-España